

¡Eso de la reconstitución! Allí, hace quince años, cuando alborcaba el nuevo siglo y clamaba Joaquín Costa en el arrecido desierto de las almas españolas, se le llamó a eso regeneración. Revestíase entonces de una retórica, de una noble y generosa retórica; ahora, revístese de otra. Porque también la estadística y las cifras del presupuesto y los planes de ingeniería son retórica. La enunciación de millones de pesetas equivale a tropos y metáforas.

Cuéntese que soy de los que en más estiman al actual presupuesto, el llamado de reconstitución nacional, que ahora se discute. Pero lo estimo principalmente en cuanto obra hacendista y, sobre todo, de nueva distribución de tributos, en cuanto esfuerzo para una mayor justicia en el reparto de la contribución. Lo mejor de él es lo que a los ingresos se refiere, al modo de hacer que vuelva al pozo común lo que del pozo común, en rigor, se sacó y que no se enriquezcan indebidamente y sin hacer nada los que se enriquecen con sólo dejar que el país prospere. En este sentido, en cuanto obra de justicia fiscal distributiva, el nuevo presupuesto, el de Alba, marca una orientación nueva a ese desdichado partido mal llamado liberal, que tan desorientado, y aun peor, que tan occidentalizado andaba. Aquello de los latifundios del pobre Canalejas cayó peor que en el vacío en ese partido de servidores de latifundistas. De cómo abordaron la supresión y sustitución del impuesto de Consumos más vale no hablar.

Repito que este presupuesto que se discute, en cuanto obra especialmente del ministro de Hacienda y por lo que hace al modo de aprovechar para el bien común las riquezas privadas, nos parece bien, muy bien, y principio de un programa económico liberal. Y sabido es que de un sentido económico pueden nacer otros. No hay sino extender a otros campos el principio de justicia que al reparto de tributos se aplica. Hay quien cree, y no estamos lejos de su opinión, que la principal función del fisco es corregir la injusta repartición de las riquezas y compensar las inicuas desigualdades de fortuna; que lo importante es ver cuánto se puede sacar en tributos al país y que la manera de emplearlo viene luego. Lo claro es que la aplicación del caudal recaudado por tributos no es ya tanto cosa de Hacienda. Aquí, cada ministerio reclama lo que cree necesita el país en el servicio a que aquel ministerio sirve. Y en cuanto a esto...

Cuántase de un cierto torero intelectual que fué una vez a casa del librero Fe y le dijo: «Don Fernando, mándeme usted cinco mil pesetas en libros.» El que lee, aunque no sea ni intelectual ni torero, busca primero los libros que le interesan y los compra, según el dinero que tenga, cuéstenle 500 ó

5.000 ó 50.000 pesetas, y los compra según los va leyendo. No es fácil, por ejemplo, leer en un año 5.000 pesetas en libros. Escasamente si se puede leer en un día tres pesetas. Ahora, si se trata de una obra de consulta... un diccionario o una enciclopedia, cuestan caros. Para el diestro aquel intelectual lo importante eran las 5.000 pesetas. No trataba tanto de leer cuanto de hacer; una biblioteca, una biblioteca que admirasen los que fueran a contratarla para matar muras o veraguas.

Nuestro pobre amigo el doctor Moliner, espíritu ingenuo, cándido y bien intencionado—y por eso se le separó de la cátedra, aun siendo un buen catedrático, que si hubiera sido uno de esos «camarrupas», barbotadores de sandeces y vaciedades no se le habría tocado—; nuestro buen amigo el doctor Moliner, que cometió la torpeza de ir a tropezar con profesionales de la arbitrariedad, es decir, con políticos de oficio—no ciudadanos que hacen, por milicia, política—, solía decirnos: «Hay que gastar en instrucción pública cien millones más.» Y cuando le apretábamos diciéndole: «¿Dónde, en qué y cómo?», ya no se desenvolvía. La cuestión eran los cien millones, la cifra. Y cuántas, pero cuántas cosas se podrían hacer gastando bien lo que hoy se malgasta en esa dichosa instrucción. Aunque la cosa no es tanto de dinero.

¡Dinero, dinero y dinero! Esto dicen que decía Napoleón que hace falta en la guerra. Y él, sin embargo, Napoleón, hizo muchas cosas que otros, con mucho más dinero, no habrían hecho. Casi todos los holgazanes, y los ineptos y los torpes culpan a la falta de dinero de sus fracasos o de sus negligencias. «¡Yo, lo que necesito es que me den material, material, material!», nos decía una vez un compañero, catedrático que explica una disciplina de las experimentales y que en su vida ha descubierto ni descubrirá nada, como no sea alguna «camarrupada» experimental, y no por falta de material, no, sino por falta de espiritual, de espiritual y de espiritual. Le podrán dar el más estupendo microscopio; lo que no le darán es ojos espirituales, es inteligencia para mirar por él. Y echa la culpa a nuestra pobreza en material científico.

Pues sí; hay también «camarrupadas» experimentales. Hay quien dice tonterías, y hay quien las hace y las experimenta, y las hace, lo que es peor, a costa del dinero público.

«¡Dinero, dinero y dinero!» Así claman, con el Napoleón de la leyenda y con el «camarrupa» de mi sucedido—que es muy real y nada legendario—, los reconstituidores que quieren hacer que hacen. «No se me da el dinero que necesito», dice el reconstituidor, y se retira. Y, sin embargo, cuántas, pero cuántas, cuantísimas cosas no puede hacer hoy en España en cualquier cam-





po de los servicios públicas un hombre de buena y recia voluntad, aunque no le den una peseta más que se venia dando. ¡Cuánto no se puede hacer sin dinero! Ante todo, justicia.

Para hacer un nuevo ferrocarril, estratégico o no, pongo por caso, hace falta dinero, mas no para obligarles a que anden mejor a los que hoy andan, a que tengan una estación decente, verbigracia, en su punto de término tal línea extranjera—y hasta extranjera de denominación oficial—, aunque enclavada en tierra, oficialmente al menos, española. Mas por lo visto cuesta menos pedir millones que hacer cumplir la ley a los poderosos... de fuera. (Y entre paréntesis, no sé si el ferrocarril a que aludo, de propiedad y denominación extranjeras, es o no también estratégico.)

Muy bien, pero muy bien, lo de la reconstitución; como estuvo muy bien, pero muy bien, lo de la regeneración, que no pasó sin dejar fecundas semillas de su generosísima retórica—y muchas de esas semillas han prendido en la obra hacendista de Alba, tan aspirada en las nascianzas de Costa—; muy bien, pero muy bien, esto de la reconstitución; mas consideremos que está no ha de ser sólo económica, que puede ser, tiene que ser, debe ser también moral. No puede ser hoy en España programa de gobierno aquello de Guizot a la corrompida burguesía de Luis Felipe: «¡Enriqueceos!» No puede serlo, aunque así lo crea tal jefe de partido y de Gobierno, cuya única idealidad parece ser la de hacerse más rico. Hay otra riqueza que no es la del dinero.

En lo que conoce algo mejor el que este comentario escribe, en instrucción pública, ¿de qué serviría gastar 5.000, ó 50.000 ó 500.000 pesetas más en comprar libros para distribuirlos en las bibliotecas públicas, populares o impopulares, si apenas hay quien sepa leer, y esto porque no se lo han enseñado, y si los señores preceptores de todo orden, desde los maestros de primeras letras hasta los profesores universitarios y especiales, hacen todo lo posible por que el alumno cobre horror a la lectura? ¿Para qué aumentar esa partida del presupuesto? ¿Para que el depósito de libros del ministerio de Instrucción pública siga enviando a las bibliotecas públicas y a las de Sociedades que se lo pidan, con recomendación del diputado a Cor-

tes, esa indecente morralla de esperpentos invendibles e ilegibles que son las más de las obras que hoy envían? ¿Para que cualquier diputadillo o cualquier otro pordiosero, apadrinado por personaje político de cuenta, haga que le compre el ministerio el resto, o acaso el total, de la edición invendible de aquel engendro científico o literario y se lo encajen a esas bibliotecas donde nadie ha de leerlo, y hará muy bien?

Reconstitución, sí, pero moral! Y para no cargar con esos ignominiosos mamotretos no hace falta dinero. Es más, se ahorra.

Si; con x o 2 x o x 2 millones más se podría comprar mucho material; pero ¿y si ese material habría de seguir en manos que no saben manejarlo o en un escaparate, detrás de una vitrina. ¡¡¡Mirame y no me toques, para cuando llegue un visitante? Hay o ha habido un instituto de material científico, y ¡qué cosas, Dios mío, he oído decir que se le pide por los encargados de servir-se de él! No me extrañaría que alguien le pidiese un microscopio para poder leer letra antigua o alguna cabeza frenológica de aquellas de los tiempos de Gall y Spurzheim.

Pero, es claro, resulta más sencillo pedir x o 2 x o x 2 millones más que meterse con los «camarrupas» y mandarlos a su casa, que echar a los evidente y comprobadamente ineptos, a los tontos o entonteridos. ¡Esto no! Su Majestad el Profesor es intangible. Puede explicar o no explicar, explicar bien o mal, enseñar cosas razonables y justas o despoticar los más garrafales disparates: puede hacer lo que le entre en gana, que con él nadie se atreverá. Y si alguna vez se atreviere, no nos quepa duda alguna, no será porque dispare y barbarice, sino, a pesar de ello, será por algún motivo de esos que llaman políticos, es decir, electoreros. A nuestro buen amigo el doctor Moliner, de quien ya dijimos se le separó por algún tiempo de su cátedra, mas no porque no explicase, ni porque lo hiciera mal—que era competente y celoso—, sino por razones politiqueras. No hubo consorcio ni miramiento con él, que actuaba en la agitada política valenciana.

Reconstitución, sí, pero reconstitución moral. El toque no está tanto en gastar más cuanto en gastar mejor. Esto lo sabe todo el mundo, es un principio de curso general, es una perogrullada; pero lo que ya no lo es tanto es que el gastar mejor no es cosa tanto de economía cuanto de moral, de justicia. «Se debe emplear más dinero—se dice—en los gastos más reproductivos» ¿Reproductivos de qué? ¿Qué han de producir? No se debe gastar más en lo más justo. Y hoy el Estado español es en gran parte, un especie de vasto hospicio, y hospicio de inválidos incurables y que no quieren curarse. De lo último de lo que se nos defenderá es de la inepticia.

¡Las cosas que cabe decir del hospicianismo y de la inepticia suelta, amparadas por la arbitrariedad! Algunas diremos en estos comentarios.

Miguel de Unamuno.

